

⁷ Sarlo, a través de sus trayectos, va precisando un espacio y una temporalidad determinada por ese espacio. En el proceso de determinaciones del discurso crítico va generando el espacio de la literatura argentina urbana y simultáneamente el de la crítica. En estos circuitos se va produciendo una coagulación de ciertos sectores de la crítica que recurre a la determinación de ámbitos y de campos literarios (una cartografía) y una vectorización (una inscripción itinerante), un camino de la «ideología» de los críticos nacionales y en particular de los críticos de izquierda. Debemos señalar que este reconocimiento es tan vasto como impreciso: los críticos de izquierda serían aquellos que leen en los textos un proceso de producción significativa en relación a las determinaciones simbólicas del espacio social que permite diseñar una «economía» y una «política» de la literatura y por ende, de la crítica. Las variantes, por supuesto, son múltiples, pero siempre dependen de apreciaciones teóricas y políticas de los enunciados de la crítica y de la circulación política de los textos. Si la política de la crítica se asume conscientemente, nos permite establecer una diferencia —no necesariamente radical— entre «crítica académica» más allá de sus productos (aceptación de lo establecido) y una crítica «diferencial y estratégica», distante de lo establecido, aunque lo reconozca en su horizonte.

⁸ Sarlo no está preocupa-

El bucle rizado e irisado de la imaginación urbana

El trabajo crítico de Beatriz Sarlo (1943) alcanza hoy día una presencia mayor, tanto por su valor cuantitativo como por la rápida progresión de afirmación y superación de sus propias propuestas iniciales. Vinculada ideológicamente a la crítica sociológica, va perfilando con claridad pero también con sagacidad intelectual sus formas de abordaje y sus instrumentos teóricos. Su tarea, de considerable extensión, le ha permitido un pasaje desde la crítica universitaria (su libro sobre *Juan María Gutiérrez: historiadador y crítico de la literatura*, 1967) a la actual consolidación de sus herramientas metodológicas y la concreción de nuevos objetos y una extensión hacia nuevas formas de lo «literario», pero sin entrar en contradicción con sus postulados iniciales. Sus nuevos trabajos se construyen sobre el análisis de la transformación de los datos sociales (en este sentido, la base documental es fundamental para su propuesta inicial de análisis: biografía, época, sectorizaciones territoriales, géneros mayores y menores, concebidos ahora como «literatura alta» y «literatura baja» en la línea de Raymond Williams) experimentada en la instancia literaria y la reformulación ideológica de la escritura en su posterior inserción social (lectores, consumo, formación de hábitos de lectura, etc.). Sus últimos libros: *El imperio de los sentimientos* (1985), *Una modernidad periférica; Buenos Aires 1920 y 1930* (1988), *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina* (1992), marcan un recorrido, un *mapping* preciso que podríamos articular diacrónicamente: entre 1914 y 1940. Este recorrido es generado a partir de un itinerario a través de la cultura argentina, fundamentalmente porteña, que constituye el objeto privilegiado de su crítica y en forma particular, el imaginario social que ella engendra. Es el registro más sólido y quizás el más rico para un análisis cultural, oscilando siempre en un registro de mediaciones entre la literatura y el imaginario social a partir de dos entradas dialécticas: lo «literario» —ya no la literatura— como producto y como productor de ese imaginario. Esta oscilación llega necesariamente a generar una serie de recortes —toda crítica lo hace y en ello va su determinación fundamental: la relación entre el objeto y el propio momento de la crítica, el más aventurado y quizás el más gozoso pero el más comprometedor⁷. La elección de Sarlo se ha ido precisando y se confina a un registro específico: la producción social del imaginario colectivo⁸. Esta elección está fuertemente orientada por la preeminencia que tienen los «críticos como lectores ideales» que se convierten en interlocutores, verdaderos contertulios: Walter Benjamin y Roland Barthes. Podríamos afirmar que Sarlo produce, por combustión interna, su propia política de la crítica a través de sus relaciones con los «escritores-críticos amados» y a través de ellos intentando construir

en el «imaginario porteño» una extensión de lo literario y, simultáneamente, una dilatación de base «modernista» de la esfera de la literatura. Si a partir de Bourdieu le interesan el campo intelectual y el alcance de su problemática (de la literatura pasamos a las literaturas menores, a las producciones semióticas devaluadas pero altamente significativas y, dentro de este espacio, el múltiple abanico de los medios masivos —la formación histórica de esos mismos medios en nuestra cultura: la radio, el cine, la televisión—. Y aquí aparece una fractura esencial: no se trata de las formaciones mass-mediáticas contemporáneas) ya no se trataría de probar, y es fácil hacerlo, la determinación directa de los medios masivos no sólo en el campo comunicacional sino en las estructuras propias de los mensajes que alterizan la escritura literaria, sino el interés por los orígenes de la función social de estos medios, postulando que en esos orígenes —la prehistoria de los mismos en nuestro país— se coagula lo que a Sarlo le interesa: la historificación de una condensación imaginaria a partir de las «pantallas» culturales: el mundo del reflejo auditivo-visual (el cine, la televisión: la presencia presente). Dos son los fenómenos que se destacan: la función de *Ersatz* que tienen los medios en relación a la determinación económica, y el sistema de compensaciones: la bella pobre, los golpes de fortuna, el castigo merecido y el reconocimiento final (la anagnórisis) y como decurso necesario para la «dificultad» en el engranaje discursivo de los «narremas» de los enunciados textuales y la constitución correlativa de un «imaginario» de la urbe: de allí proviene la importancia que se acuerda a Roberto Arlt, ya no como novelista sino como «engendrador de ficciones», de una novelería de las relaciones de lo real y la realidad de las ficciones que cuenta la ciudad. Sarlo pasea arqueológica y arquitectónicamente por el Buenos Aires de los 20 y, al describirlo, genera un diseño de la construcción de la Gran Urbe, entre Marcelo T. de Alvear y Arlt, entre francmasones y espiritistas, entre *cirujas* y charlatanes. El problema de la descripción y de la cuantificación de los datos de un *corpus* propio de la crítica social se transforma en Sarlo, quizá «transformación maravillosa», en pura cualidad. Dato importante de la crítica es la manifestación de ciertas categorías, en particular «los saberes del pobre», tácticas de subsistencia y de presencia en la imagería textual y tácticas de sobrevivencia en el plano de lo real. Pero a nuestro entender, el enfrentamiento radical se produciría entre los «saberes del pobre» y los «pobres de saber». Entre Arlt y Elías Castelnuovo, entre el «calvario» del lumpen y el desclasado arltiano se juega una fantasmagoría ciudadana: la del hambre, donde la «escritura del hambre» se opone violentamente a la «vivencia del hambre». El hambre sería, para nosotros, un innenarrable.

da —su crítica no es directamente teórica— por la dificultad de la colectivización del imaginario. Podemos presuponer que el «universal» que funda el colectivo es la política, todas las formas de lo político.

El desafío que Sarlo se propone es el siguiente: encontrar una relación entre los textos vanguardistas y la novela sentimental, una experiencia de cruzamiento entre las formas experimentales y la narración del sentimiento, entre la «modernización» de las retóricas del relato y la cristalización de las formas narrativas, entre el enunciado de una escritura que compromete tanto al sujeto como al texto y una escritura que, a primera vista, es la maquinización retórica de la doxa. Problema que Sarlo plantea correctamente pero que no estaba en sus planes resolver. ¿Cuál es la diferencia o la distancia entre la llamada literatura alta y la baja, y el presupuesto subyacente en este planteo de que los lectores son distintos y por ende diferentes? Este problema es capital en la literatura argentina, pero también puede serlo en la literatura italiana (Gramsci) o en la francesa (el folletín y sus relaciones con la literatura alta: Balzac y Xavier de Montepin), pero en nuestro caso es determinante: literatura colonial, neoclasicismo, gauchesca culta-gauchesca popular, literaturas regionales-literatura rioplatense, etc. Sarlo sostiene que este material que puede ser considerado prescindible desde la perspectiva de alguna estética tradicional (Sarlo vincula ciertas formas del «feísmo» de este material al folletín tradicional como estética *Kitsch*, siguiendo a Umberto Eco) es fundamental, en tanto su particular densidad es el fondo necesario para que se elaboren las políticas del campo literario. La hipótesis es clara: la literatura argentina del siglo XX sólo puede ser pensada a partir del cambio, desde la ruptura, postulación propia de muchos críticos argentinos en relación a la literatura argentina e incluso latinoamericana, cuando en realidad podrían ser consideradas como estrategias discursivas —la estrategia de las narraciones folletinescas son altamente complejas tanto como las del realismo— sin establecer una diferencia, ya sea substancial o formal: las sectorizaciones de la escritura responden a la particularidad del «gusto» pero también a la «necesidad» de la escritura en relación al código social de una época. Una biblioteca argentina sólo puede ser armada en función de un *polemos* reiterado entre enunciados circulantes en un momento dado de la historia del imaginario sin determinaciones de sus valores de «verdad», de «legitimidad» o de «belleza». La novela sentimental recorre toda una gama de lectores que migran entre las diversas clases sociales. La homogeneización de los «lectores» de los productos de la cultura pareciera ser un elemento clave —pero riesgoso— para determinar las sectorizaciones y las exclusividades⁹. Los recursos metodológicos empleados intentan sobre todo eliminar cualquier prejuicio que pueda alejarse en una crítica universitaria o en una aceptación formularia de ciertos valores heredados. El problema que se le plantea es que esta zona de *marginalidad* —construida por la función ideológica de la crítica— es, desde otra perspectiva, una zona de

⁹ Las encuestas realizadas frente al éxito de ciertas telenovelas mostraron que los medios masivos han desbaratado las estratificaciones de los gustos de clase y de cultura e incluso las de sexo.